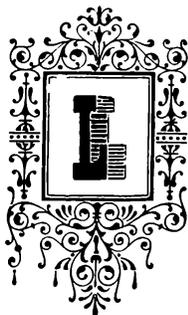


# AL MARGEN DE LA VIDA

IDILIO ROTO.



A primera vez que la ví fué en una luminosa mañana del mes de Mayo.

Era yo muy jóven todavía, y en aquella lozana primavera de mi mocedad, esperanzado y creyente, con el alma lírica y vibrante, que cantaba dentro de mí su mejor canción, con el corazón abierto y desbordado, sencillo, diáfano, con la fantasía ardiente y so-

ñadora; destellantes los ingenuos ojos, que llevaban lo infinito en sus pupilas, henchido de una felicidad que la encontraba suprema y cumplida en el calor del hogar,—de aquel hogar cristiano que formaban un varón honrado, una santa mujer y unos ángeles rubios,—sin preocupaciones ni sobresaltos, sin penas ni desengaños, sin que ni una ligera nube empañase aun el límpido horizonte de mi existencia, constituía una de mis favoritas aficiones, uno de mis goces predilectos vagar por el campo a la ventura, en el alborear de los felices e inolvidables días de vacaciones, esos días que aun para los más encariñados con Minerva, abren un paréntesis de inefable delectación, porque en ellos nos parece aspirar con más fuerza las auras de libertad, que creímos coartada,—con mengua de nuestro honor de quince años—en los monótonos días del curso.

Avido de emociones estéticas, de todo lo que impresionase mi sensibilidad juvenil, de todo cuanto hallase un eco en mi corazón, un poco romantico y artista yá con ese dulce y adorable romanticismo que se traduce en una sonrisa que nada dice y lo expresa todo, gozábame en deambular solitario por aquel camino, mil veces recorrido, orillado de árboles y festoneado de flores, que se perdía entre las últimas derivaciones de aquel manso, de aquel idílico panorama, de un verdor claro y transparente, tendido como una mullida alfombra por las suaves laderas del monte y a cuya falda serpenteaba un caudaloso río, formando aquí y acullá apacibles remansos, en los que mil veces creí escuchar misteriosas voces, que a mi exaltada imaginación se le antojaban ayes de dolor lanzados por ninfas aprisionadas.

¡Cuántas veces, al volver de aquellas matutinas excursiones, en las que dejándome arrastrar por mi juvenil ardor desafié, impávido y sereno, las alturas y descendí a lo profundo de los barrancos y corrí anhelante de emoción al través de tupidas arboledas, creyendo encontrar en lo más espeso y escondido de ellas al hada que reinaba en aquellas nemorosas umbrías, me encerré en mi modesto cuarto de estudio, arreglado yá y ataviado con exquisito esmero por mi hermana predilecta,—la que alegraba la casa con sus risas y sus canciones,—para trasladar al papel, furtivamente, sin que nadie lo supiera, sintiendo que flameaba en mi mente la llama de la inspiración, todas aquellas íntimas impresiones, no por vagas e indefinidas menos hermosas y delicadas!... Fué entonces cuando compuse aquellos versos,—¿quién no los ha hecho alguna vez en la vida?—malos, muy malos como míos, pero que he guardado siempre con amor entre mis recuerdos más íntimos y queridos; aquellos versos que alguna vez he recitado a solas, cuando estaba seguro de que nadie había de burlarse de mi ingenuidad; aquellos versos, amigos confidentes de mi juventud y compasivos consoladores de mis penas en la edad madura.

Y fué entonces también, en una de aquellas luminosas

mañanas de Mayo, cuando la ví por primera vez. Caminaba yo por el inolvidable sendero, orillado de árboles y festoneado de flores, absorto en la contemplación del vasto horizonte que se extendía ante mi vista, teñido de púrpura por los primeros rayos del sol, cuando acerté a verla, haciendo ramilletes de flores, en una amena pradera, limitada al fondo por una suave curva del río, que parecía brindarle con la frescura y murmurios de sus aguas una amenidad más apacible.

Me detuve agradablemente sorprendido; era una niña como de cinco años, una bellísima muñeca de nacarado rostro, al que servían de marco unos bucles de oro, una aureola de rayos de sol; vestía toda de blanco, y destacándose su grácil y airosa figura de entre aquel fondo de verdor perenne, semejava más bien un angel que, posado un momento aquí en la tierra, iba a remontar su vuelo hacia la región celeste de donde había descendido.

La contemplé a distancia largo tiempo, con la misma emoción que debió sentir el poeta florentino ante la sonriente aparición de Beatriz, sin osar acercarme a ella, temiendo que el angel tendiese sus alas al cielo. ¡Quizá aquella mañana estaba mi fantasía más predisuelta a soñar cosas puras, a soñar cosas bellas! ¡Quizá entonces presentí que el recuerdo de aquella inocente niña habría de ser un día el angel tutelar que me defendiese en los peligros y me alentase en los trabajos!

Al fin, subyugado por sus encantos y atractivos, me acerqué a ella y lo que absorto admiré desde lejos, hechizado contemplé de cerca. ¡Verdaderamente que era un angel aquella bellísima niña! ¡Había un candor en sus ojos, una aureola de inocencia en su tersa frente!... Aquel vestido tan blanco, aquellas flores tan blancas de que tenía llenas las manos, me parecieron el símbolo más acabado de la blancura y pureza de su alma.

Entonces poniendo en mi voz toda la suavidad y dulzura que pude, le pregunté con cariño;

—¿Qué haces, nena?...

Y mirándome con aquellos, sonriéndome con aquellos labios tan puros, me habló, me hablo mucho de flores, es decir cantó un himno, que resonaba en mis oídos como armonías celestiales, un himno a las flores, porque había en su garganta trinos de alondra y arpegios de ruiseñor.

¡Oh, cómo le gustaban aquellas flores tan blancas!... ¡Qué feliz y dichosa era cuando entregaba a su mamá aquellos ramilletes que cogía todos los días, y cuando después, juntas las dos, iban a depositarlas a los pies de la Virgen, de aquella Virgen tan hermosa a la que tanto querían!...

No sé cuánto tiempo estuvo hablándome: solo sé que cuando terminó no pude resistirme a estampar un casto beso en sus mejillas, elevando desde el fondo de mi corazón, una plegaria al cielo, para que el vestido blanco y las flores blancas fueran siempre el símbolo de la blancura de su alma.

Pasó algún tiempo y con él pasaron también aquellas vacaciones y hube de volverme a mis estudios, dejando aquel pueblo querido aquel, hogar amado, aquel camino florido, aquel monte de verdor perenne, aquel río de misteriosas voces, pero llevándome, adentradas en mi corazón, muchas, muchísimas cosas, que habían de ser la rica savia que nutriese la planta de mi espíritu en los nostálgicos días del curso.

Y una mañana de Pascua, también luminosa como aquella de Mayo, la ví por segunda vez. Celebrábase la primera Comunión en la Capilla de un Colegio de niñas de esta Ciudad, y como si el corazón presintiese algo gran-

de, penetré en el sagrado recinto para presenciar tan augusta función; y allí, entre aquel coro de ángeles, en cuyos inocentes pechos quería albergarse el Dios de los Amores, la ví más pura, más bella, más blanca que en la pradra del monte de verdor perenne. Vestía también de blanco y flores blancas también, coronaban su frente.

Yo no sé qué sentí entonces: algo muy hermoso debió de ser, porque noté que mis ojos se humedecían y que una emoción muy dulce embargaba toda mi alma. Cuando concluida la sagrada ceremonia me acerqué a ella para saludarla me habló también de flores, pero de flores del cielo.

¡Oh, cómo había deseado que llegase aquel día!... ¡Qué bueno era Jesús, cuánto le amaba ella y cuánto le amaría siempre, y cuánto amaba a papá, a mamá, a sus hermanos que habían venido a acompañarla en aquel día dichoso!...

Y me despedí... me despedí enternecido, porque me miró me sonrió con una mirada y una sonrisa que no me parecieron de este mundo.

A los pocos días la ví por tercera vez, pero... ya no me habló más, ya no me hablaría más. Blanca, más blanca que nunca, vestida también de blanco, la ví dormida, para siempre dormida en un féretro blanco.

La contemplé largo rato abrumado de dolor: En sus labios entreabiertos se dibujaba una sonrisa beatífica: la Parca no había conseguido borrarla y ni en su rostro apacible y sereno, ni en su frente despejada, ni en sus cabellos coronados de flores parecía estar la muerte. Creí sentir en derredor blandos aleteos de ángeles...

Adiviné el dolor inmenso de sus padres, de sus hermanos; sentí el mío cruel ante aquel idilio tronchado en flor, pero mi Fé bendijo la Providencia divina que todo lo dispone sabiamente, murmurando, como una tierna plegaria, aquellos versos del poeta:

Angel mío, vuelve al cielo,  
antes que el mundo te vea,  
que los placeres del suelo  
placeres malditos son.  
¡Oh! por el gozo de un día  
no compres, no, tu tormento:  
pues el cielo es, alma mía,  
de los angeles mansión.

Y en él sé que estás, nena mía: y ya siempre vestirás de blanco: ya siempre las flores blancas seran símbolo de la blancura de tu alma.

EL PEREGRINO.

**AVISO.**

Para la mejor marcha de la administración, rogamos a todos nuestros abonados y favorecedores que todas sus remesas de dinero las hagan *impersonalmente* a favor del ADMINISTRADOR DE "ESTUDIO". Rogamos asimismo a todos los que nos favorecen enviándonos trabajos de colaboración, los escriban en una sola carilla del papel y a máquina, a triple espacio.

Toda la correspondencia administrativa deberá dirigirse al Sr. Administrador, y toda la de Redacción al Sr. Director, Apartado N.º 1659. Manila.

**Quedan  
muy pocas  
Colecciones  
de  
Estudio  
Primer  
Volumen  
lujosamente  
encuadernado  
en tela  
flexible  
P 20.00 cada  
volumen**

ADMINISTRACIÓN

DE

**ESTUDIO**

P. O. Box 1659—Tel. 572-3409.

MANILA